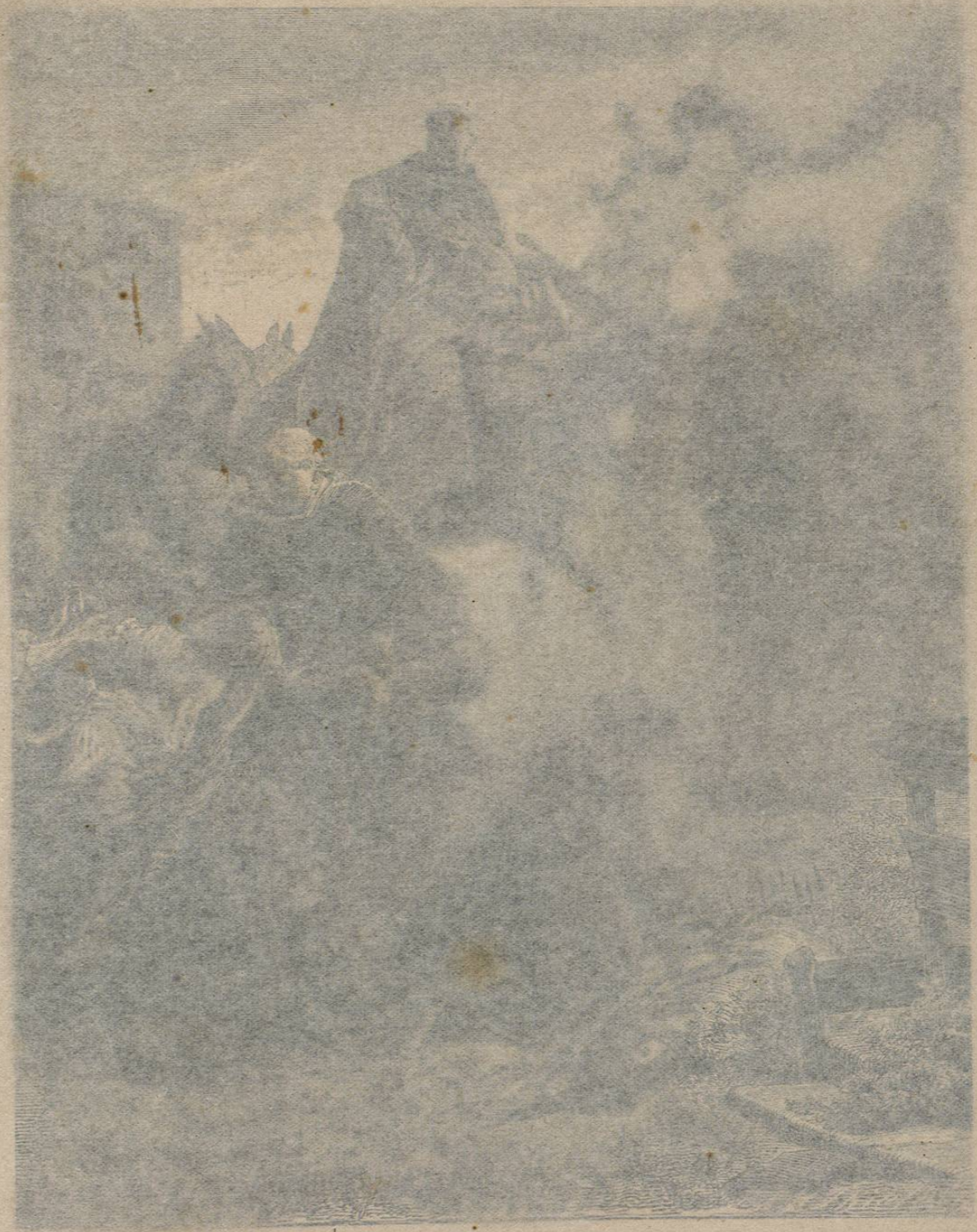


de esquilares el sedoso vellon. De estos vellones tejíanse los palios, es decir, las capas que los Emperadores de Constantinopla solian mandar año á los prelados de su reino para investirlos de tan alta dignidad. Si hemos de creer á M. Pascal, que lo cuenta en su clásica obra de los orígenes y razones de la liturgia católica, el palio, que tenia en sus principios la forma de nuestras capas, hoy es como una banda de lana de tres dedos de anchura, y á cuyas extremidades penden sendas grecas de plomo, con bordaduras de cruces griegas de negro color, significativas de la oveja descarriada, que Jesucristo buscó y encontró y llevó sobre sus hombros, y vestimenta necesaria para ejercer la alta dignidad episcopal, por lo que, al conferirla y entregarla, exigía el Papa del beneficiado una suma destinada exclusivamente á satisfacer necesidades de la Iglesia. El arzobispo de Maguncia no podia pagar su palio; y para facilitarle el pago, entrególe sin gran reflexion el Papa la predicacion de las indulgencias en Alemania. Alberto, al verse con aquel manantial de riquezas, conociendo que el explotarlas no podia ser oficio propio de un Obispo, las entregó al banquero Fugger, el cual, por necesidad, habia de convertir aquel asunto místico para los piadosos en materia de lucro y granjería para sus arcas. Alberto entregó la predicacion de las indulgencias en Alemania al monje dominicano Tetzal, hijo de un platero de Leipzick, hermano de la órden dominicana, predicador excelente, y grande inquisidor de la fe.

¡Oh Providencia! La órden de los dominicanos, fundada para perseguir y exterminar á los albigenses; aquella órden, que azuzara las guerras religiosas, que trajera el santo tribunal de la fe, que evocara la sombra nefasta de los inquisidores, que encendiera las llamas infernales de la Inquisicion; debia, sin duda para expiar todas estas faltas, que manchan el nombre de su ilustre fundador, debia ser con sus predicadores y con sus predicaciones causa ocasional é inmediata de la revolucion religiosa. Los historiadores neo-católicos de este nuestro tiempo, el mas clásico y el mas consultado de todos ellos, M. Audin, autor de la «Vida de Lutero» cuya séptima edicion tenemos á la vista, trata de salvar todos los motivos dados por la Iglesia y el Pontificado á la revolucion religiosa, borrando las líneas vivas y los contornos dibujados por los siglos, de figuras históricas tan conocidas como la figura de Tetzal. No



VENTA DE INDULGENCIAS EN ALEMANIA



de esquilares el sedoso vellon. De estos vellones tejíanse los palios, es decir, las capas que los Emperadores de Constantinopla solian mandar antaño á los prebados de su reino para investiros de tan alta dignidad. Si hemos de creer á M. Pascal, que lo cuenta en su clásica obra de los orígenes y razones de la liturgia católica, el palio, que tenia en sus principios la forma de nuestras capas, hoy es como una banda de lana de tres dedos de anchura, y á cuyas extremidades penden sendas grecas de plomo, con bordaduras de cruces griegas de negro color, significativas de la oveja descarriada, que Jesucristo buscó y encontró y llevó sobre sus hombros, y vestimenta necesaria para ejercer la alta dignidad episcopal, por lo que, al conferirla y entregarla, exige el Papa del beneficiado una suma destinada exclusivamente á satisfacer necesidades de la Iglesia. El arzobispo de Maguncia no podia pagar su palio, y para facilitarle el pago, entregó sin gran reflexion el Papa la predicacion de las indulgencias en Alemania. Alberto, al verse con aquel manantial de riquezas, conociendo que el explotarlas no podia ser oficio propio de un Obispo, las entregó al banquero Fugger, el cual, por necesidad, habia de comenzar aquel asunto místico para los piadosos en materia de lucro y granjería para sus arcas. Alberto entregó la predicacion de las indulgencias en Alemania al monje dominicano Tetzal, hijo de un platero de Leipzick, hermano de la orden dominicana, predicador excelente, y grande inquisidor de la fe.

¡Oh Providencia! La orden de los dominicanos, fundada para perseguir y exterminar á los albigenses; aquella orden, que azuzara las guerras religiosas, que trajera el santo tribunal de la fe, que evocara la sombra nefasta de los inquisidores, que encendiera las llamas infernales de la Inquisicion; debia, por castigo para expiar todas estas faltas, que manchan el nombre de su ilustre fundador, ser por sus predicadores y con sus predicaciones causa ocasional é inmediata de la revolucion religiosa. Los historiadores neo-católicos de este mundo antiguo, el más clásico y más consultado de todos ellos, M. Audin, antes de su salida de Lutero cuya segunda edicion tenemos á la vista, trata de explicar todos los motivos dados por la Iglesia y el Pontificado á la revolucion religiosa, borrando las líneas vivas y los contornos dibujados por los siglos, de figuras históricas tan conocidas como la figura de Tetzal. No



VENTA DE INDULGENCIAS EN ALEMANIA



sabemos qué gana la verdad católica con estas atenuaciones preconcebidas y arregladas, sobre todo, cuando se expresan en son de polémica y se cree ganar una victoria con haberlas dicho en los arrebatos de la pasión, y á veces, de la cólera. Inútil arrojar algunas piedrecillas para detener un desbordado y espumoso torrente. Que Tetzel fuera un gran teólogo, que alcanzara sus grados en certámenes difícilísimos, que tuviese arrebatadora elocuencia, que gozara de alto renombre, suponiéndolo todo verdad, no atenúa la falta gravísima de predicar las indulgencias en favor de un banquero avariento, aunque por encargo de un obispo católico. Con todas sus cualidades Tetzel viajaba en compañía de dos escribanos encargados de expedir dispensas de parentesco en los matrimonios y dispensas de ayunos en la cuaresma; anunciándose previamente cual un titiritero en las poblaciones á donde iba; recorriendo calles y plazas al son de las campanas y de las músicas; entre coros místicos; bajo banderas pontificias; montado en carrozas magníficas y con las bulas sobre cojines de terciopelo encarnado; hasta llegar á las iglesias esclarecidas de cirios y perfumadas de incienso, donde pronunciaba sermones, acompañados al fin de cada párrafo por el sonido de los cuartos sobre las bandejas y por los clamores de los monjes ebrios y roncós que gritaban: «comprad, comprad» á las agitadas muchedumbres, las cuales tendían sus escarcelas abiertas y esperaban como premio á su desprendimiento las prometidas indulgencias. Audin se revuelve contra todas estas pinturas, y las tacha de exageración, diciendo que el monje no se parecía ni poco ni mucho á los frailes ventrudos criticados y zaheridos por Hutten; ni dispendiaba el tesoro de las indulgencias en larguezas para los ajenos y en orgías para los suyos. Sea en buen hora. Tetzel, lejos de grosero puede y debe aparecer delicado; lejos de ignorante, sabio; lejos de gárrulo, elocuentísimo; pero sus propias cualidades agravan sus faltas, porque demuestran en qué perversión habria caído la Iglesia, cuando inteligencias levantadas, ánimos superiores, hombres si se quiere de un orden intelectual y moral elevadísimo, creían propio de su ministerio el andar por calles y plazas, vendiendo públicamente por terrestres metales divinas absoluciones, para desahogar de deudas á un obispo epicúreo y enriquecer las arcas de un banquero avariento. El mérito de la persona, en vez de excusar, agrava la enormidad de la falta. No está el